

En el Corazón de Cristo siempre

CENTENARIO DEL NACIMIENTO

Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.

1925 – 2025

SEPTIEMBRE

*Nuestra respuesta:
espíritu de Consagración
y espíritu de Reparación*

ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	6
3.- Transparencia de un corazón: Hombre eucarístico y reparador	9
4.- Textos escogidos	12
4.1.- Sentido de la Consagración	
4.2.- La reparación según las enseñanzas del Corazón de Cristo	
5.- Santo del Mes: San Roberto Belarmino	40
Oración para la devoción privada	44

1.- ADELANTE

227. Una fórmula para consagrarse al Corazón de Jesús: no pongas obstáculos al Camino por el que te quiera llevar.

278. Decir mucho al Corazón de Jesús que me entrego a Él, que tengo deseos de ser solo de Él, de consagrarme a Él, de dedicar toda mi vida a amarle y darle a conocer. Esto le gusta mucho al Señor.

561. Para examinar y reparar, recogerse en el Corazón del Señor.

615. ¿Cómo se repara el tiempo pasado? Viviendo en amor y entrega en el presente.

837. Entrégate del todo al Corazón de Jesús y a querer repararle.

895. La reparación es un amor muy grande al Señor en favor de las almas.

2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

2. 52. La consagración al Corazón de Jesús significa esto: recoger nuestra vida, tal como ha sido hasta ahora, sin esconder nada de ella ante nuestra conciencia; porque al fin y al cabo, en cada momento somos como un resumen y conclusión de cuanto hemos vivido hasta ese momento. Recogemos nuestro pasado en el presente, lo reconocemos como don del Corazón de Jesús, se lo ofrecemos a Él, nos entregamos a Él. Y, en cuanto depende de nosotros, también prevenimos todo lo que nos espera en nuestra vida, todo el futuro de la Iglesia también, pero en ella de nuestra vida, y ya lo queremos ofrecer desde ahora para que sea una respuesta de amor al amor del Corazón de Jesucristo. (...)

La clave de la santidad está en un confiar al Señor nuestra existencia, en un entregarle a Él nuestra vida y entregarle de veras todo lo que somos, tal como somos, conscientes de lo que ha habido en nosotros de infidelidad, pero seguros de que el Señor quiere de nosotros la entrega de nuestra vida, tal como es, para que Él haga de ella una vida como la que Él quiere.

Por lo tanto, entregarnos así, de veras, a la manera de los santos, como un san Ignacio, de quien está escrito en la Capilla de la Conversión esta inscripción: «Aquí se entregó a Dios, Íñigo de Loyola». (...) No es que él cambiara de vida en el sentido de que viviera

absolutamente empecatado, no. La entrega está en que uno renuncia a los propios proyectos y planes, en cuanto son míos y egoístas, para dejar que Cristo sea el que rija mi vida y trace los proyectos de mi existencia. Y se lo confío a Él porque creo en su amor para conmigo, ¡y sé que Él quiere para mí lo mejor!, sé que Él quiere que yo realice en mi vida los proyectos grandiosos que Él tiene pensados para mí.

(Homilía Cerro 4-02-1994)

Pertenecemos al Señor: «Sea que vivamos, sea que muramos, somos del Señor» (Rom 14,8).

Convencidos de esto, debemos ofrecernos al Señor: «Toma y recibe mis acciones y mi persona; dispón de todo mi ser para tu gloria». Realizaremos así nuestra consagración como la cosa más natural.

Nos será más fácil, psicológicamente, evitar el pecado que puede ofenderle, llegando así a vivir la reparación negativa. Nos sentiremos movidos a amar a Cristo y a servirle de modo que compensemos el olvido de tantos hombres, realizando así la reparación afectiva. Sabremos dar un sentido a nuestras dificultades y sufrimientos ofreciéndolos a Cristo en reparación de nuestros pecados y de los de todos los hombres, actuando el espíritu de reparación aflictiva, en unión al sacrificio de Cristo en la cruz que se renueva cotidianamente sobre los altares.

La Consagración asume así un aspecto de reparación y la reparación, compenetrándonos cada

vez más con Jesucristo, completa y perfecciona nuestra misma consagración.

Por nuestra unión con Cristo, Él vive en nosotros y nosotros somos sus imágenes en el mundo, el testimonio de su presencia en la Iglesia. Después de habernos ofrecido con Cristo en la Misa, y habernos unido a su Sacrificio, viene a nosotros en la Comunión, para transformarnos en Él.

Este es el fin de nuestra íntima relación con Cristo: transformarnos en Él para ser siempre más y siempre mejor sus representantes visibles.

Nuestra transformación en Jesucristo debe, en efecto, reflejarse en nuestras acciones exteriores. Nuestra vida debe ser una revelación visible que indique a los hombres el valor de las cosas y del mundo entero. Los hombres deben finalmente darse cuenta de que Jesucristo vive aún, y más exactamente, de que nosotros estamos en verdad muertos a nosotros mismos y al mundo de la corrupción, a fin de que Cristo viva en nosotros.

(En el Corazón de Cristo. Capítulo III)

3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN

HOMBRE EUCARÍSTICO Y REPARADOR

Un detalle curioso: quiso que el cristal de la custodia fuese blindado, como queriendo proteger y resguardar a Jesús en la Eucaristía de una posible agresión. Este es un pequeño símbolo de otro aspecto muy suyo que es la reparación al Corazón de Cristo, tema en el que ha profundizado admirablemente y del que ha sido un verdadero maestro espiritual. El padre ha querido ser como ese cristal blindado pegado al Corazón de Cristo que le ha protegido y reparado de las muchas ofensas que recibe. Sin duda, su vida fue un gozo para el Corazón de Cristo.

Hemos dicho que él había procurado suscitar adoradores eucarísticos, también ha suscitado almas reparadoras.

El tema de la reparación era muy querido para él, le hacía vibrar. Decía así D. Demetrio, obispo de Córdoba, del P. Mendizábal:

«Profesor de hondura teológica, sus temas giran en torno al misterio del Corazón de Cristo, al misterio de la Redención. Escudriña con agudeza el dolor del Corazón de Dios, a quien le hacen sufrir nuestros pecados (...). De la llaga de ese costado, de donde brotó sangre y agua, han brotado por parte del P. Mendizábal ríos de tinta y caudales de palabras para

introducirnos a todos en el misterio de ese Corazón de Jesús».

Un sacerdote le preguntó: ¿Cómo reparo al Corazón de Cristo? El padre le contestó: «Lo que más repara es el amor a Jesucristo».

En la Misa de sus Bodas de Oro sacerdotales dijo así en la homilía:

«Habéis puesto en el altar la frase: “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”, y que también ha hecho por medio de mí, que también es bien para mí. Y me sugiere también la pregunta: ¿Cómo repararé al Señor todo el mal que le he hecho?

¡La Eucaristía vale todo! Yo tengo un recurso excelente: Ofrecer a Cristo víctima en el altar. Como le debo tanto, le ofrezco al Padre el Cuerpo y la Sangre de Cristo y le dijo: ¡Ahí va ese cheque!, y devuélveme lo que sobre, porque sobra mucho. Una sola Eucaristía bien ofrecida repara todos los pecados del mundo. En la Eucaristía pagaré y repararé todos los males».

Impulsó la práctica de los primeros viernes de mes. Decía que bien hechos, era suficiente para la renovación de una parroquia. En el Cerro de los Ángeles y en la iglesia de los jesuitas de Toledo los fomentó. En ellos sus predicaciones van desgranando el misterio del Corazón de Cristo.

Las carmelitas descalzas de Ponzano, Madrid, recuerdan cómo las noches del jueves anterior al primer viernes de mes se las pasaba allí orando, acompañando a Jesús.

¿Qué decir de sus Horas Santas? Son fruto de una experiencia personal, de una profundización del misterio de Getsemaní. Cuántas veces había participado en los sentimientos de Jesús y había entrado en aquel lagar de amor y de dolor. Él nos invitaba a entrar en ese misterio, a participar del Corazón Sacerdotal de Jesucristo.

Ha sido un signo de la providencia el que falleciese precisamente un jueves a las once y media de la noche, en la mitad de la Hora Santa. Salió de este mundo en un silencio total, como de puntillas. En aquella soledad no le falló Jesús, su fiel Amigo. Cuántas veces él había acompañado a Jesús en su agonía, pegando su corazón al Corazón de Cristo. En aquel jueves 18 de enero, en aquella Hora Santa del padre, en su agonía, Jesús acompañó a su siervo fiel y pegó su Corazón divino al corazón desgastado del padre. Y así, en un fuerte abrazo recibiría en el paraíso la recompensa eterna de toda una vida dedicada a amar al Amor no amado.

(Págs. 164-166)

4.- TEXTOS ESCOGIDOS

4.1.- SENTIDO DE LA CONSAGRACIÓN

Retiro GRUPOS DE ORACIÓN
5 de junio de 1979
Madrid

Vamos a ver primero 'el sentido de esta consagración para nosotros'. Ante todo, esa palabra 'consagración' es una palabra que no está en el vocabulario profano. Hoy día tendemos mucho a que hablemos un lenguaje que la gente nos entienda. Pero hay cosas que la gente no entiende porque se trata de realidades que no le son familiares. Y yo deformaría esa realidad sagrada si la redujera a una postura profana. Por eso esta palabra 'consagración', aun cuando yo la emplee con otro término, pero tiene que designar verdaderamente una realización de sacralidad. Voy a tratar de exponer un poco lo que es. Tiene una aplicación en lo que es personal, en lo que es familiar y social. Pero vamos a tratar primero de explicar cómo sucede esta consagración. Creo que lo vamos a entender.

Ante todo, la consagración en su sentido estricto designa una acción divina. Esto es importante. Quiere decirse que **la iniciativa de la consagración viene siempre de Dios**. Nosotros somos criaturas, el mundo es creación de Dios,

depende de Dios. Pero depende de Dios con su realidad creada que es profana. Hay un círculo profano, un círculo que es divino, sacro. En el paganismo se divinizaba la creación. De ahí venía el culto a las fuentes, a los ríos, a los árboles. Es una divinización. El cristianismo ha sido muy claro en indicar que la creación es un círculo distinto, no independiente de Dios, pero que no entra en el círculo de lo divino, de lo sacro.

Entonces, Dios llama al hombre de ese círculo de la creación y lo invita en su amor a entrar en el círculo de su vida íntima. Es iniciativa de Dios. Yo con mis fuerzas no puedo entrar en ese círculo. Es Él el que, en su poder divino y en su amor infinito me puede llamar. Por eso hablamos de que la iniciativa es de Dios. La consagración se refiere a este punto, a este lazo. La acción de Dios que me llama, me invita, pone dentro de mi corazón un deseo, una voluntad. Entonces **yo acepto esa invitación**. Y al aceptar esa invitación salto de este círculo profano en el cual me encuentro, al círculo divino. Pero salto no por mis fuerzas; diríamos me dejo coger por Dios. Dios me invita. Como Él es sumamente delicado con nuestra libertad no nos fuerza, no nos arrebató a la fuerza. Se trata de un ser humano. Esa introducción en esa vida divina se hace precisamente en cuanto a la libertad del hombre, en cuanto al hombre como ser personal. No simplemente arrebatándolo como quien lo introduce a la fuerza y violentamente en otro lugar.

Dios está solicitando al hombre. Esto ya tenemos que aplicarlo a cada uno de nosotros: Dios te solicita, te invita. Primero te invita a esa vida íntima suya, familiar suya. Es la invitación a la fe, es la

invitación a la vida de gracia. El hombre entonces da su sí, o personalmente o por parte de la Iglesia que lo presenta al Señor. Es el Bautismo: **En el Bautismo el hombre es consagrado por Dios.** Diríamos, Dios lo une a sí, lo introduce en su vida íntima. Lo introduce en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Ya esta persona queda consagrada: ha entrado en el círculo divino. Es la consagración fundamental. La consagración pues, no la hace el que se bautiza, la hace el Señor que lo asume. Pero naturalmente el Señor asume a una persona que por su parte se deja consagrar. El dejarse consagrar es entregarse al Señor de su parte, es como desposeerse para hacerse posesión de Dios. Esto es lo que sucede en el Bautismo: El fiel, creyendo a Jesucristo y a su amor —que Él le ha manifestado—, se deja poseer. Se entrega y Dios lo consagra. Ahí comienza la vida de santidad, ahí comienza la vida de la gracia. Es la primera consagración, que tenemos todos. El cristiano es sacro, es miembro de la familia de Dios. El cristiano está unido a Cristo, es miembro de Cristo. Todo eso se ha hecho por el Bautismo.

Pero hay posibilidad de ulterior consagración. ¿En qué sentido? La consagración es unión con Dios, es penetración en lo sacro. Esa unión con Dios admite grados, admite diversas intimidades. El mismo San Pablo nos habla de que esa primera consagración es como una semilla que tiene que crecer. Por lo tanto, la unión con Dios no es una unión que ya definitivamente se realiza en todo lo que puede realizarse, sino que es una unión que ya existe pero que tiende a mayor intimidad de unión. Diríamos algo así como sucede en el amor, en el matrimonio: Se

unen, pero hay una posibilidad de penetración ulterior, de unión cada vez más profunda. Ese matrimonio tiene que irse compenetrando cada vez más. Ese sentido de semilla, de crecimiento es el que tiene la consagración primera. El Señor se va dando y va invitando a mayor intimidad. De esta manera se va desarrollando la vida de santidad nuestra. Recordad vosotras desde el momento en que entrasteis en los Grupos de Oración cómo de hecho el Señor va exigiendo progresivamente más y va pidiendo más, pidiendo con la exigencia y petición del amor. No es petición drástica de un déspota, sino porque el amor nos va invadiendo y la caridad de Cristo nos urge y nos va apretando. Ahí es donde entran las posibilidades de nuevas consagraciones.

Cada consagración nueva supone una nueva llamada. Vamos a poner el ejemplo característico de la vida religiosa o sacerdotal: Supone una nueva llamada, una nueva vocación, cuya iniciativa de nuevo viene de Dios. Es Dios el que envuelve ese corazón, es Dios el que le atrae. Es Dios el que le invita a una situación definitiva de mayor intimidad con Él, de características particulares como es la virginidad, como es lo indivisible del corazón puesto en Él. Cuando el fiel siente esta llamada y se siente movido a responder y de su parte responde, de nuevo la consagración que surja la hace Dios, pero exige del fiel que se deje consagrar, que se entregue. Por eso, **en toda consagración hay esa acción del hombre que es entregarse**, que es dejarse entregándose con su voluntad, para que el Señor lo asuma y lo sitúe y lo coloque en este grado más profundo de unión con

Él, más exigente de unión con Él. Esto es lo que llamamos consagración.

Naturalmente estoy hablando de un movimiento de la gracia, estoy hablando de una invitación del Señor. En realidad, esta invitación, este movimiento de la gracia viene de una acción del Espíritu Santo. Podemos decir que toda consagración presupone una mayor acción e invitación del Espíritu Santo. Diríamos que, para realizar la consagración tenemos que invocar al Espíritu Santo, porque Él me está invitando. El hecho de entregarme requiere una fuerza, requiere una luz. Para realizar esa consagración yo pido que venga el Espíritu Santo. **Toda consagración en el fondo es una transformación.** Y esa transformación, a la manera de la transformación eucarística, es obra del Espíritu Santo. Cuando el sacerdote ha ofrecido el pan y el vino se inclina delante del altar, pide ser ofrecido. En la liturgia antigua, en ese momento había una oración que decía: «Ven, Espíritu santificador, ven y santifica estas ofrendas preparadas para tu nombre». Y aun ahora, cuando llega el momento de la Consagración hay siempre una invocación al Espíritu Santo porque es parte de esa acción litúrgica, cuando se dice: «Que este mismo Espíritu santifique, Señor, estas ofrendas para que sean Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo Nuestro Señor».

Por eso es tan seria, tan importante la consagración. Y por eso os invito a que eso que se hizo allí de esta manera pública, que en vuestra vida a lo largo de este mes lo preparéis también, pero muy sinceramente y muy verdaderamente, invocando al Espíritu Santo y diciendo una oración parecida: —

'Ven, Espíritu Santificador, ven Espíritu Omnipotente, y santifica esta ofrenda mía que yo quiero entregar'. Purificarla, potenciarla, para que sea instrumento pleno, para que la entrega sea ilimitada a los planes de Dios. Es decir, que en el momento de la consagración se implica la acción, la presencia del Espíritu Santo. Y a su vez, cuando movidos por ese Espíritu que está ya en nosotros nos entregamos, el consagrarnos supone de nuevo una donación del Espíritu a nosotros: la donación correspondiente a esa unión a Dios que se realiza por la consagración. Viene a nosotros el Espíritu con su don septiforme — con los frutos del Espíritu Santo— para vivir esa consagración. Mirando pues al Corazón de Cristo, Él nos da su Espíritu, y dándonos su Espíritu hace posible el vivir conforme a la transformación realizada.

Así pues, hay una entrega en la consagración. La obra es divina, pero hay una entrega. Diríamos que en la consagración hay una relación interpersonal de donación mutua. Porque siendo la consagración una relación interpersonal es mutua la entrega, como sucede en el mismo amor matrimonial: En el matrimonio hay una entrega mutua de los que contraen el matrimonio. Así en toda consagración, según la invitación del Señor y no por capricho nuestro, según la invitación que Él nos hace y la gracia que nos da, se llega a esa entrega mutua, que en grados superiores de la vida espiritual —que encontramos en muchos santos— se ha dado bajo la forma imaginativa de lo que se llama 'cambio de corazones'. Es quizás una forma de tipo imaginativo, pero que expresa este hecho real: **yo le doy mi**

corazón, me quita el corazón del pecho **y me pone su Corazón**. Hay algo de imaginativo, pero algo de muy real. Porque si estamos hablando de entrega es entrega del amor, entrega de la persona, entrega del corazón y es entrega mutua. Precisamente la entrega mutua es eso: Es la mutua habitación del uno en el otro, del corazón del uno en el otro.

En efecto, la consagración lo que lleva consigo como exigencia y como principio que se nos comunica es que se nos da al consagrarnos el Corazón de Cristo. Es decir, que entregarnos nosotros al Señor en el fondo es dejarle, abrirle paso, no poner obstáculo a que Él se entregue a nosotros. Entonces es cuando Él nos da su Espíritu de una manera nueva, y en el Espíritu viene Él. Y ese Espíritu que se nos da es el que transforma nuestro corazón. Entonces hay una verdadera transformación de nuestra vida, por la fuerza del Espíritu Santo. Verdadera transformación del corazón con el cual ya volvemos a la realidad con el Corazón de Cristo, que es lo que necesitamos tanto. Necesitamos que ese Corazón de Cristo ¡es mío!, pero es de Cristo. Es el Espíritu de Cristo que se nos da.

San Juan de Ávila en un discurso precioso que tiene el domingo antes de Pentecostés habla del Espíritu Santo como «Espíritu de Cristo». Recordando cómo Jesús en la Última Cena habla de que les dejará su Espíritu, el Espíritu de Cristo, dice él: «¿Qué es Espíritu de Cristo?» Y contesta: «Espíritu de Cristo es Corazón de Cristo». Que nos da su Espíritu quiere decir que nos da su Corazón. ¡Es claro que el Espíritu Santo es persona divina!, está claro. Por lo tanto, en ese sentido no es simplemente el Corazón de Cristo. Pero se nos da ese Espíritu de Cristo —Espíritu de

Amor del Padre y del Hijo— para que forme en nosotros el Corazón de Cristo, para que ponga en nosotros los sentimientos de Cristo, para que ponga en nosotros la bondad ilimitada de Cristo, la servicialidad de Cristo. Esto es lo que necesitamos radicalmente. Tenemos necesidad de ese corazón nuevo, de ese corazón bueno, ilimitadamente bueno para con todos. Así es como tenemos que bajar de ese Monte Santo y afrontar la realidad de este mundo con ese corazón transformado. Es lo que nosotros ahora en esta Eucaristía y en los Grupos de Oración debemos modelar y debemos cuidar como fruto de esa consagración.

4.2.- LA REPARACIÓN SEGÚN LAS ENSEÑANZAS DEL CORAZÓN DE CRISTO

Hora Santa
Apostolado de la Oración

Esta noche, en el comienzo del primer viernes de mes, nos reunimos para adorar al Señor y para comenzar a vivir el sentido de este día que puede ser para nosotros de una inmensa trascendencia pastoral. La celebración del primer viernes no es algo arbitrario o superficial. Tiene un sentido. Si vamos a las fuentes donde se origina esta práctica comprenderemos el sentido que tiene. El Señor inspiraba a santa Margarita María de Alacoque una práctica interior y de fuerte sentido pastoral, capaz, en el fondo, de renovar nuestra vida cristiana. Y era ésta la práctica que el Señor le sugería: al terminar cada mes el primer día penitencial siguiente procura dedicarlo a reparar por las faltas y pecados del mes precedente, particularmente los cometidos a la Eucaristía. Y procura, ese día, comulgar también para ofrecer al Padre reparación por los pecados. Tiene, pues un sentido de reflexión sobre nosotros mismos, sobre nuestra vida real, personal, familiar, parroquial, comunitaria, con la convicción de que mucho de nuestro comportamiento ha sido deficiente. Y, sintiéndonos unidos al mundo entero, en una

conexión interior del corazón con la humanidad, nos sentimos todos unidos, responsables ante Dios y dispuestos a unirnos al Corazón de Cristo para repararle y reparar al Padre, para purificarnos, para ir acercándonos, cada día más, a la intimidad del Señor. Es una práctica que juzgo que por sí sola sería capaz de renovar las familias, las parroquias, las comunidades si se hiciese de verdad. Y esto es lo que querríamos hacer en este momento.

El primer viernes no es otra cosa sino **la fiesta mensual del Corazón de Jesús coronada con una comunión en sentido de amor, de reparación.** Es el primer día penitencial en que, conmemorando la pasión, cuyo memorial es el sacrificio eucarístico, nos unimos a esa misma pasión y vamos adquiriendo esas actitudes interiores que la visión teológica del Corazón de Cristo nos inculca y que constituyen, de hecho, el núcleo fundamental de nuestro ser cristiano. En este espíritu comenzamos este primer viernes con esta hora santa.

¿Qué lleva consigo nuestra actitud de reparación? Nuestra respuesta al amor, al Corazón de Cristo, tiene como punto de partida participar nosotros del Corazón de Dios, nosotros llegamos a amar en cristiano porque primero ha descendido a nosotros el amor de Dios, se nos ha dado el Espíritu santo que viene a formar en nosotros un corazón como el de Cristo. Y, aunque no nos transforma en un instante, la gracia coexiste inicialmente con nuestra naturaleza todavía cargada con las

consecuencias del pecado original y el Espíritu santo está ahí, de una manera semejante a como aparece en el Génesis incubando el abismo, transformándolo y ordenándolo con la fuerza del Espíritu. Así también en nosotros el Espíritu va modelando en nosotros un corazón como el de Cristo, empapado en el Espíritu del Señor. Y aquí está el punto de partida, de la inteligencia de la reparación, esa realidad de riqueza teológica tan profunda que llega a las entrañas de nuestro ser cristiano, parte del Espíritu que modela en nosotros el Corazón de Cristo, del Espíritu que forma en nosotros un amor como el de Cristo.

¿Qué lleva consigo ese amor? Lleva consigo una identificación como la de Cristo con el Padre, el Padre y yo somos una cosa. Y en esa identificación de amor con el Padre se identifica también con los hombres y se hace hombre también por amor a nosotros. Es lo que vemos en el Corazón de Cristo: uno con el Padre, uno con los hombres por amor. Análogamente en nosotros, cuando se nos infunde ese Corazón de Cristo Él nos transforma interiormente hasta irnos haciendo también uno con el Padre, con Cristo y uno con los hombres. Esa doble línea constituye la estructura fundamental de nuestro ser cristiano. Y, ¿qué se sigue de ese amor? Ese amor nos lleva, indudablemente, a participar íntimamente de los sentimientos de Cristo, nos lleva a tener en nosotros sus mismas actitudes, y así, en la fuerza de ese amor, cuando Cristo ve la ofensa del Padre, cuando Cristo ve al Padre ofendido, esa ofensa del Padre le llega a Él al alma. Es la primera reacción.

Estamos en los fundamentos de lo que es la reparación. **La reparación no puede entenderse sin un amor que nos identifica con el Padre y nos identifica con los hombres.** La reparación no puede entenderse sin un amor que es sensible a la ofensa del Padre, y también al mal de los hombres y al pecado. Cuando esa ofensa le llega al alma a Cristo nos debe llegar al alma también a nosotros. Es señal de un corazón profundamente cristiano, el sentir en sí hondamente la ofensa de Dios, de Cristo, esa realidad misteriosa pero profundamente real. Es la postura del hombre ante Dios. A quien está empapado de ese espíritu, a quien está lleno de ese Corazón no le dejan indiferente las ofensas de Dios, no le dejan indiferente los males de la humanidad. Ese a moverse hace sensible a la ofensa de Dios. De ahí arranca el movimiento activo de la reparación, el movimiento consecuente, todo el fundado en ese amor que es sensible a la ofensa de Dios.

Y ahora volvemos nuestra mirada hacia el Señor y lo contemplamos, y nos fijamos en la reacción de ese amor que siente profundamente la ofensa del Padre y el mal de los hombres. Hay una primera reacción que es evitar la ofensa de Dios, evitar ese mal de la humanidad que es el pecado. En cuanto es evitar lo llamamos **reparación negativa**. Lo mismo podemos decir de todo lo que es el mal del hombre. El quitar las injusticias del hombre es una obra admirable de reparación negativa siempre que arranque de ese amor. No simplemente la

materialidad de quitar las injusticias porque en el orden cristiano no solamente cuentan las acciones exteriores que realizamos materialmente consideradas, sino las actitudes interiores con que las realizamos puesto que el cristianismo es religión de amor, religión de corazón. Cuando el ver a Dios ofendido por la injusticia del mundo nos mueve a evitar esa injusticia es ya un primer paso en nuestro camino de reparación, en nuestro proceso de identificación con Cristo al cual nos invita cuando clama: el que me sirve que me siga y, donde estoy yo, ahí también esté mi servidor.

Pero no para aquí la reacción del Corazón de Cristo. Volvamos de nuevo la mirada hacia el Señor y encontramos que da un paso más. Cuando Cristo ve al Padre ofendido el celo de su casa le devora. Ese celo le lleva, ante todo, a un amor más intenso. Es una reacción normal, radical, una reacción inmediata que brota, precisamente del mismo amor, que no se funda solo en los efectos que producirá. Es una **reparación afectiva** que no se debe identificar sin más con lo que puede llamarse una consolación del Señor, el consolar a Cristo, sino que hay que verla como una exigencia del corazón que ama. Todo corazón que ama, al ver a la persona amada ofendida, descuidada, abandonada, marginada, siente un impulso nuevo de un amor mayor. Es lo que llamamos reparación afectiva. Y ahí nos encontramos con el amor que repara. Es el deseo de identificarnos más y más con esa persona amada, no correspondida. Eso lo hace Cristo y eso debe

repercutir también en nuestro corazón y debe realizarse en nuestro espíritu. Cuando vemos al Padre ofendido, cuando vemos a Cristo ofendido, esto nos debe impulsar a amarle más.

Aquí es donde veremos matizaciones de nuestra reparación que están fundadas no en un simple amor sino en la luz que acompaña a ese amor. Esa luz es una acción del Espíritu santo sobre nosotros, iluminados por esa luz del Espíritu santo tenemos una penetración especial para captar ciertos matices del amor de Cristo, del amor del Padre. Tenemos una sensibilidad especial hacia algunos aspectos que nos llevan, consiguientemente, a una reparación afectiva de ese matiz concreto que con la luz y la gracia del Espíritu santo ha llegado hasta el fondo de nuestro corazón. De hecho, para algunos, el misterio eucarístico llega a ser tal fuente de luz y de comprensión espiritual, tienen tal don de Dios para comprender ese amor que son particularmente sensibles a las ofensas que se cometen contra la Eucaristía, y, consiguientemente, sienten un impulso compensativo de amor, precisamente en la veneración eucarística. Y, ahí es donde tiene su forma especial de reparación, dentro de esa común reparación afectiva. Otros tienen, en realidad, un sentimiento más sensible al amor que nos muestra Jesucristo en la cruz, una sensibilidad más especial para los desprecios que caen sobre la cruz de Cristo, de quienes no la estiman, o la descuidan, o la olvidan o la sepultan. Y, de ahí, en estos hay un matiz especial reparador dirigido a la pasión del Señor. Y lo mismo

diríamos de otros matices que pueden ir apareciendo, pero notemos que siempre están fundados en dos cosas: en un inmenso amor y en un amor que nos hace identificarnos siempre con el mundo, que nos hace sentirnos solidarios del pecado del mundo. Nunca se daría el sentido reparador cristiano auténtico en quien se sintiera separado del resto del mundo,, como si él fuera inocente, puro, en perfecto amor, que intercede por los otros los cuales son pecadores, sin sentirse uno con ellos, sin sentir, de alguna manera, que pesan sobre él los mismos pecados y sin sentir que ese amor suyo, ese comportamiento suyo compensa simultáneamente por los pecados propios y los pecados de la humanidad, los cuales sienten en una unidad que pesa sobre su propio corazón impulsándole a una mayor intensidad en el amor y en la fidelidad.

Este es el campo amplísimo de la reparación afectiva que podemos vivir en toda nuestra vida, que podemos vivir, indudablemente, en cada uno de los momentos de nuestra vida, en el cumplimiento sencillo de nuestros deberes con tal de que los vivamos con ese sentimiento interno, con ese amor intenso, con esa voluntad de compensación, con un impulso de fidelidad progresivamente mayor para compensar ese desamor que pesa sobre nosotros, que nos hace más abiertos a la redención universal de la humanidad y al amor inmenso del Padre y de Cristo. Evidentemente hay actos, hay realidades, que se prestan más profundamente a ser materia de esta reparación afectiva, por ejemplo, la adoración

eucarística, la oración afectiva, la santa Misa y la Eucaristía. Por eso, en el viernes primero de mes, fiesta mensual del Corazón de Cristo, en la hora santa, ante el Señor expuesto, ante el misterio de su amor, nos congregamos para amarle más, para reparar nuestra falta de amor, para reparar nuestro descuido del misterio eucarístico en nuestra propia vida en el mundo de hoy donde, muchas veces, llegamos hasta la aberración dolorosa que poco a poco se nos va filtrando en la idea de que hay peligro de amar menos a los hombres si amamos más a Cristo eucaristía. Pensamos, muchas veces, que nos alienamos del mundo si adoramos el misterio del amor. Es increíble pero algunas veces hemos podido dar pie a ello al mostrarnos, de tal manera descuidados en el amor, invocando la adoración del amor, lo cual es testimonio claro de que no hemos llegado a la fuente del amor porque nadie puede llegar a la fuente del amor y beber en el agua del amor sin que arda en el mismo amor, sin que salga con un corazón ardiendo, inflamado, dispuesto a realizar en la vida da cada día el misterio que se esconde en la entrega sacrificada de la Eucaristía que, siendo sacrificio al Padre, se hace comunión de amor a los hermanos.

Y aquí es donde el Señor nos invita a un culto mayor, a una adoración más intensa, a una renovación en nosotros del fuego del amor, a una información en amor de toda nuestra vida para convertirla toda ella en un continuo ejercicio de fidelidad de amor. Esta es a reparación afectiva que,

fundamentalmente, nos pide la Iglesia: **amar y amar más a quien merece nuestro amor entero**, compensación de la frialdad, del egoísmo, del interés egocéntrico en todas las cosas, la visión de un mundo materializado en medio del cual hemos de vivir, que no es simplemente un mundo ajeno a nosotros sino un mundo en el cual nos sentimos unidos por ese principio básico que está en toda reparación, el amor unificante que nos hace uno con Cristo y con el Padre, uno con los hombres sintiéndonos solidarios con ellos en el pecado de la humanidad, ese pecado de incorrespondencia hacia Dios, responsables también de la salvación, de la caridad que ha de abrazar a todos en el misterio oculto desde todos los siglos en el Corazón de Dios. Y, entonces, amamos, adoramos, salimos al mundo en fuerza de ese mismo espíritu de reparación, más unidos unos con otros, más cercanos los unos a los otros, porque la presencia del misterio de Cristo entra en nosotros por el misterio eucarístico. Y la conciencia más viva, más profunda de nuestra unidad, de que nadie es ajeno a nosotros, de que debemos aprender a mirar a todos con la mirada con que Dios nos mira y sentirnos responsables de la vida de los demás. Es conciencia pone en nosotros la exigencia de una vida cada vez más fiel, cada vez más abierta, cada vez más por encima de nuestros egoísmos.

Esa reparación afectiva, por lo que acabamos de indicar, no es simplemente el consolar en el sentido humano, sino que, prescindiendo en

este momento del valor real que tiene la idea de consolar a Cristo, consolarlo en el Huerto, en el caso en que estamos nosotros contemplando, nos referimos a la exigencia de amor, apoyada en los principios fundamentales y nucleares de nuestra vida cristiana.

Y llegamos con esto al gran misterio, al misterio de la crucifixión, de la muerte, al misterio de nuestra corredención dolorosa con Cristo. Es el misterio de nuestra **reparación aflictiva**. Vamos a entrar en él y vamos a tratar, con la luz del Señor de comprenderlo, de penetrar, al menos, un poco para captar lo que significa en nuestra vida y para barruntar nuestra unión con la pasión de Cristo de manera que se cumpla la palabra el apóstol: «realizo en mí lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia». Pero vamos a detenernos un momento, vamos a hacer una pausa, vamos a tratar de reflexionar en profundidad sobre este amor ante el Misterio del amor, ante la Eucaristía que es la fuente del Amor.

De la Eucaristía decía el Papa Pablo VI escribiendo al cardenal Florit, su legado apostólico en el Congreso Eucarístico de Pisa, «Jesucristo en la Eucaristía verdaderamente vive y actúa». Quiere decir que ahora nosotros no solo estamos activamente adorando al Señor sino estamos bajo el influjo de su amor, bajo su mirada amorosa que penetra dentro, que infunde amor, porque es perpetuación de la oblación del sacrificio de Cristo que está ahí dándose a nosotros e infundiendo en nosotros el mismo

espíritu de entrega y de amor. Por eso a la Eucaristía no venimos solo a hacer algo de nuestra parte, venimos a recibir, y más a recibir que a hacer bajo la mirada del Señor. Hemos de dejar que ese amor de Cristo nos penetre porque ese amor de Cristo, con sus características ha de constituir el fondo de toda nuestra reparación produciendo en nosotros la unión con el Padre, la unión con los hombres, la sensibilidad a las ofensas del Padre y al mal de los hombres y la voluntad de evitar el pecado, por una parte, y un crecimiento de amor intenso cada vez más intenso compensador por otra. Invitados, pues, por esa amistad del Señor que nos llama amigos vamos a tratar con su gracia y su luz de penetrar en el último aspecto que indicábamos, el misterio de nuestra participación en la redención de Cristo.

Si volvemos de nuevo nuestra mirada al Corazón de Cristo que nosotros participamos en el Espíritu santo, vemos que ese amor sensible a la ofensa del Padre y al mal de la humanidad le lleva a dar un paso más, es el hacerse hombre. El paso de aceptar nuestra condición humana, nuestra naturaleza humana sin excepciones en su condición mortal, como consecuencia del pecado del hombre. Y, así, el Señor toma esa naturaleza sobre sí hasta la muerte. La expresión la encontramos en el capítulo décimo de la carta a los Hebreos: «al entrar Cristo en este mundo dijo: Padre, no has querido holocaustos ni sacrificios pero me has dado un cuerpo, aquí vengo, Padre, para cumplir tu voluntad. Y en esa voluntad única hemos sido santificado todos».

Cuando el Señor, en el capítulo 12 de san Juan, ante la proximidad de su muerte, y de una muerte rodeada de circunstancias tan dolorosas y humillantes, se siente turbado y exclama: «Padre, pase de mí esta hora», y añade con una frase impresionante, «pero si he venido para esto, Padre, hágase tú voluntad». Esa indicación tan impresionante y conmovedora «si he venido para eso», nos revela todo el misterio del amor de Cristo que se ha hecho hombre aceptando toda esa condición humana, condición que terminará en la muerte de la cruz. Y ante la presencia de esa muerte dice: «si he venido para esto».

Cuando queremos entrar en este matiz de nuestra reparación, cuando en la hora santa frecuentemente nos ocupamos en la consideración de la pasión del Señor y particularmente de su agonía en el huerto, no lo hacemos simplemente por un deseo de tener lástima del Señor. Ante los sufrimientos de Cristo nosotros podríamos adoptar una postura humana, la compasión en sentido humano, la lástima, tener lástima de los sufrimientos de Jesús. Sería la consolación de quien acercándose a uno que sufre trata de tener para con él ese sentimiento tan humano, tan comprensible, que sentimos hacia los que sufren aun cuando no tengamos ningún conocimiento particular, ni ningún trato con ellos. Se expresa en nuestra lengua popular con esta frase «tener lástima del Señor». Pues bien, al contemplar la pasión, al participar en la hora santa, no vamos simplemente a tener lástima de Jesús. Esto es lo que muchas veces puede haber empañado la visión

de la devoción al Corazón de Cristo, como si pretendiéramos presentar el cristianismo como una multitud de gente que continuamente tiene que estar teniendo lástima del Señor porque siempre necesita de nuestra consolación, y no es ese el sentido profundo. **Nos acercamos a la pasión de Cristo para compadecer con Él**, que es muy distinto. Compadecer con Él, para tener esa postura de compadecer con una persona es necesario el haber estado antes profundamente compenetrado con ella. Imaginemos un matrimonio muy unido, muy bien preparado, y llega el momento de la prueba. Supongamos que el marido es llevado a la prisión, es procesado, atormentado, al final ajusticiado, y ese hombre lleva esa persecución con un temple cristiano, de perdón a los enemigos, de ofrecimiento de su sacrificio, de espíritu de redención. Y su mujer, tan compenetrada con él, tan preparada como él, está cerca, presente a sus sufrimientos, tendríamos que decir que esta mujer no es que simplemente tiene lástima de su marido en esas circunstancias sino mucho más. Tiene las mismas actitudes de sufrir que su marido, tiene su mismo amor, su misma generosidad, su mismo perdón para sus enemigos, su mismo espíritu de oblación, compadece con él. No tenemos que recurrir a ejemplos imaginarios, la Virgen, al pie de la cruz, no es que solamente tiene lástima de Jesús, lástima de su Hijo, sino que compadece con Él.

Nosotros nos acercamos a la pasión de Cristo, a ese misterio, escuchando la palabra del Señor que siente turbación en su Corazón, siente temor, tristeza, angustia, el preludio de la angustia de la agonía del Huerto expresado en el capítulo 12 de san Juan: «Padre, librame de esta hora», «Padre, si es posible pase de mí este cáliz». Al escuchar su palabra «pero si he venido para esto», ahí es donde tenemos que entrar en una actitud de sufrir con Cristo. Esto es lo que para nosotros sería fundamental. Para ello tenemos que distinguir entre el sufrimiento y la actitud con que sufrimos. Puede ser el sufrimiento de una enfermedad, de una rotura de un brazo, y otra cosa es la actitud con que se encaja ese sufrimiento, la postura interior, lo que uno hace como persona en ese momento. Nos acercamos a la pasión de Cristo no para quedarnos, simplemente, en la consideración de los sufrimientos que, de alguna manera, podemos contar como los huesos del crucificado, sino que hemos de entrar hasta su actitud de sufrir. Y la actitud de sufrir de Cristo es la que nos ha de iniciar a nosotros en nuestra actitud de corredención con Cristo. Una actitud que no podemos tener sino participándola de Él. Una actitud que está fundada, toda ella, en un amor intenso, en una identificación con el Padre y en una sensibilidad con la ofensa del Padre que le lleva a aceptar esa condición humana mortal, dolorosa, aceptándola con amor porque es condición pecadora de la humanidad y Cristo la asume en actitud de amor, y la transforma en instrumento de redención. Este es el misterio

insondable de la cruz de Cristo, esa muerte que vivifica, ese sufrimiento encajado en el amor es el que nos muestra a nosotros cuál es el sentido de la cruz para que la sepamos también llevar. ¿Por qué vamos, entonces, a contemplar la agonía del Corazón de Cristo en el Huerto? Porque ahí se nos revela la actitud sufriente de Cristo, ahí se nos revela su voluntad de sufrir, ahí se nos revela su amor con el que sufre, ahí se nos revela su aceptación de la cruz, y ahí se nos revela la inmensidad de un amor que acepta el sufrimiento y la muerte haciéndose solidario de la humanidad pecadora.

Tenemos otros pasajes que nos podrían iluminar en esa visión de la pasión pero tiene particular valor el que he citado más arriba del capítulo 10 de la carta a los Hebreos donde se indica el sentido de ese sufrimiento de Jesús cuando dice «no has querido holocaustos ni sacrificios», se refiere a esa visión del Padre ofendido porque «no has querido holocaustos ni sacrificios» por el pecado, «no has querido holocaustos ni sacrificios» para remediar esa ofensa, pero me has dado un cuerpo, lo quiero, lo acepto. «Padre, vengo para hacer tu voluntad», «si he venido para eso» dirá en san Juan. Y esa voluntad con la cual se acepta una vida que es mortal, en esa misma aceptación de una vida que es mortal se acepta la muerte, que es el acto supremo de esa vida mortal. Así vemos que Jesús en el momento de su muerte inclina su cabeza y entrega su espíritu. No es que se le cae la cabeza al morir, es que inclina su cabeza, es que da su sí, su sí total, su sí cósmico a la

redención para siempre, a la voluntad del Padre, su **sí al amor hasta la muerte**, el sí definitivo de una vida que se ofrece. Ahí aprendemos la reparación aflictiva. Nuestra reparación aflictiva no es otra cosa sino **aceptar en amor, en un amor participado del Corazón mismo de Cristo, nuestra vida mortal con todos sus condicionamientos dolorosos**, con todo lo que lleva consigo su condición humana, su condición mortal, aceptar todo lo que lleva de aflicciones, de roces, de incomprensiones, de molestias, hasta la muerte misma, aceptar esa vida mortal, de veras, en la caridad y en el amor.

Tratemos de exponerlo todavía en un sentido misterioso profundo. El Corazón de Cristo ahora glorioso, triunfante, al que llega tan hondamente la ofensa del Padre no tiene ya en sí una humanidad que sea capaz de tomar sobre sí esa condición mortal, pero en nosotros ese mismo amor del Corazón de Cristo, comunicado a nuestro corazón, se realiza en un cuerpo que lleva consigo la condición mortal donde puede prolongarse todavía la pasión de Cristo. Y, entonces, comprendemos de una manera más profunda lo que dice san Pablo que «en nosotros se cumple lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia», y no digamos que está ya todo satisfecho, que está ya todo ofrecido, notemos que la satisfacción de Cristo no es una satisfacción que sustituye toda nuestra aportación, sino que es una satisfacción solidaria con la nuestra que, precisamente, hace posible nuestra actitud de

satisfacción con Él. Nuestra actitud de satisfacción no sería posible sin la pasión de Cristo. De la pasión de Cristo, por lo tanto, recibe su fuerza, unida a ella se ofrece al padre, y por ella es aceptada por el padre. Por eso toda nuestra unión, toda nuestra oblación, toda nuestra expiación tiene que estar unida a la de Cristo en la eucaristía, y a eso nos invita el Señor. Tenemos que aprender nuestra actitud de sufrir, tenemos que aprender a llevar esta vida mortal nuestra con la actitud interior de Cristo, y a esto nos introduce la visión del misterio del Corazón de Cristo, nos lleva a que pongamos en toda nuestra vida un corazón como el de Cristo.

Por eso nos exhorta a que, en esta hora santa, al menos una vez cada mes, volvamos de nuevo a ese misterio del Corazón de Cristo y volvamos a contemplarlo para comprender la profundidad de esa reparación suya, de esa actitud de oblación. No simplemente para contemplarla sin más sino para que pase a nosotros con la fuerza de la eucaristía, sacrificio y comunión, que pase la caridad de esa vida eterna que es la que ha de hacernos vivir nuestra condición mortal, consecuencia del pecado, con la fuerza y el vigor de la vida eterna, de la caridad de Cristo. Y entonces es cuando vivimos de manera perfecta nuestra pasión en el Señor. Entonces es cuando podemos decir, también nosotros, «llevo en mí las llagas de Cristo, llevo en mí las señales de la pasión de Cristo». No quiere decir esto, de ninguna manera, que nuestra vida cristiana tenga que ser una vida tenebrosa, triste, absolutamente no. Es una vida

vivida en el gozo de dios, pero vivida en una realidad de la condición mortal que aceptamos. En la cual hay momentos duros en los que con el mismo Cristo nos sentiremos también turbados, y también nosotros diremos: 'Padre, pase de mí esta hora'. Pero, cuando con la luz de la caridad, y del ejemplo del Corazón de Cristo reflexionamos en ella, comprendemos de nuevo que estamos solidarizados con el pecado del mundo, y con nuestros pecados, y repetiremos las mismas palabras de Cristo: «pero si he venido para eso». Entonces lo aceptamos porque sabemos que es así, porque sabemos que estamos asociados a la pasión de Cristo que terminará luego en el fruto de la resurrección, en la redención y salvación de la humanidad entera.

Ahí nos encontramos, pues, en ese núcleo tan fundamental de la vida cristiana. **Esas coordenadas de la unión e identificación con Cristo y con el Padre, por un lado, y de solidaridad con los hombres por otro, han de constituir nuestros ejes vitales clave.** Solo en ese amor que acepta esa doble coordenada tiene sentido la reparación. Solo viviendo cordialmente esa doble coordenada. Por eso el misterio del Corazón de Cristo nos lleva directamente al punto más central de nuestra vida cristiana, a la caridad, pero a una caridad no teórica sino a una caridad que se siente solidaria con el pecado del mundo, a una caridad que se ofrece, a una caridad que deja que caiga sobre sí toda la fuerza del amor de Cristo que le hace asumir

la condición mortal y ofrecerla con Cristo al Padre para que sea aceptada con la de Cristo por el Padre. Que el Señor nos introduzca en este misterio inmenso de amor y nos haga capaces de llevar a los hombres este mensaje de amor que tanto necesita la humanidad dolorida de hoy. La cruz no es, por sí misma en su desnudez, signo de salvación, sino que lo es en cuanto en esa cruz hay un corazón, en cuanto esa cruz es llevada en la fuerza del amor de Cristo.

5.- Santo del Mes

17 de septiembre

SAN ROBERTO BELARMINO

HOMILÍA A RELIGIOSAS

(17 de septiembre de 1994)

Hoy es la fiesta de san Roberto Belarmino, nacido en 1542, que fue jesuita. Es un santo de la Compañía de Jesús, que fue profesor del Colegio Romano, rector del Colegio Romano; luego fue constituido cardenal y obispo, que no siempre está unido.

Y es un hombre, que es Doctor de la Iglesia también, que se caracterizó por la defensa de la fe ante los protestantes. Él escribió sobre todo un gran libro ‘De controversia’, sobre los puntos controvertidos de la fe cristiana puestos en controversia por los protestantes, cuando era profesor del Colegio Romano. Empezó una cátedra nueva con ese título de las clases: Sobre las controversias. Es un hombre muy amable, una figura muy amable.

De este, como rasgos en su vida —muy buena, muy bonita la vida de san Roberto Belarmino—, como rasgos en su vida se podría, yo ahora en este momento para vosotras, destacar que este es el que

cuando le hicieron Rector de la Gregoriana, de lo que es ahora la Universidad Gregoriana, tuvo una plática a la comunidad en la cual les dijo, tomó como texto el texto: «Si un día te hacen rector no impidas la música». Rector quiere decir director de coro, rector. Y así es, él lo tomó ese como un lema: yo, ahora que me hacen rector, no impedir la música.

A eso iba san Roberto Belarmino. Una orquesta está compuesta por muchos instrumentos: de cuerda, de viento... Y no se molesta uno que está tocando el clarinete porque el de al lado está tocando el bombo, y no le dice: —¡Pero déjate de bombos!, ¡un clarinete es el instrumento ideal!, ¡deja todo eso! Hombre, si ponemos cuarenta clarinetes en cuarenta individuos de una orquesta, pues es muy monótono. Entonces, el clarinete consiente que el otro toque el bombo y que el otro toque el saxofón, y no se enfada porque no toca el mismo instrumento que él. Y no solo no se enfada, sino que ¡se alegra!, ¡se alegra! Y quiere que el otro toque su partitura, la suya, ¡no la de él!, ¡no la mía!, ¡la de él! Y de ahí se forma la armonía.

Esto es fundamental en una comunidad. O sea que, la mirada a los demás que son distintos, gozándose en esa diversidad, gozándose, alegrándose de ella. Y esto es lo que hace que una orquesta sea una orquesta. Cada cual tiene su partitura. Lo que es importante es que cada uno siga su partitura, y que siga la indicación del director de orquesta, que es nuestro Señor Jesucristo, que es el que dirige la orquesta con la batuta del Espíritu Santo, pero es así, es así, eso es como nos lleva.

Y esto decía san Roberto Belarmino, y esa fue su plática: «Si un día te hacen rector no estropees la música», queriéndoles a todos cortados por el mismo patrón. No, no estropees la música. El Señor lleva esta armonía de la Iglesia con la guía personal de cada uno de nosotros. De modo que esto es una indicación de san Roberto Belarmino, de su sentido común, sereno, espiritual, sobrenatural.

Y este es también del que se cuenta —no sé si será verdad—, que el Papa tenía con él mucha confianza. Y en la fiesta de san Pedro y san Pablo, que es tan solemne en Roma, en esa celebración de las Vísperas, él estaba al lado del Papa, y cuando leyeron el pasaje aquel de san Pedro cuando le dice al paralítico que estaba a la puerta del templo: —«Miranos. Se quedó fijo mirándoles. No tenemos oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús Nazareno, queda curado», salta, corre. Entonces dicen que al oír eso, el Papa, al que tenía a su lado, a san Roberto Belarmino, que era cardenal obispo, le dice: —«Nosotros sí que tenemos oro y plata», ‘Nos’, Nosotros, el Papa, sí tenemos oro y plata. Y dicen que san Roberto Belarmino le contestó: —«Y por eso Su santidad no puede decir: levántate y anda». Para poder decir «levántate y anda» tiene uno que no tener oro ni plata, sino la fe en Jesús.

Son rasgos de esa vida de san Roberto Belarmino, de un hombre sencillo. Es una santidad muy, diríamos, natural, muy de sentido sano, una figura muy hermosa, san Roberto Belarmino, Doctor de la Iglesia.



LUIS MARÍA

MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.

Oración para la devoción privada

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

BREVE BIOGRAFÍA

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años de edad, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- favores@padremendizabal.com
- Más información: www.padremendizabal.com

Con licencia eclesiástica